

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

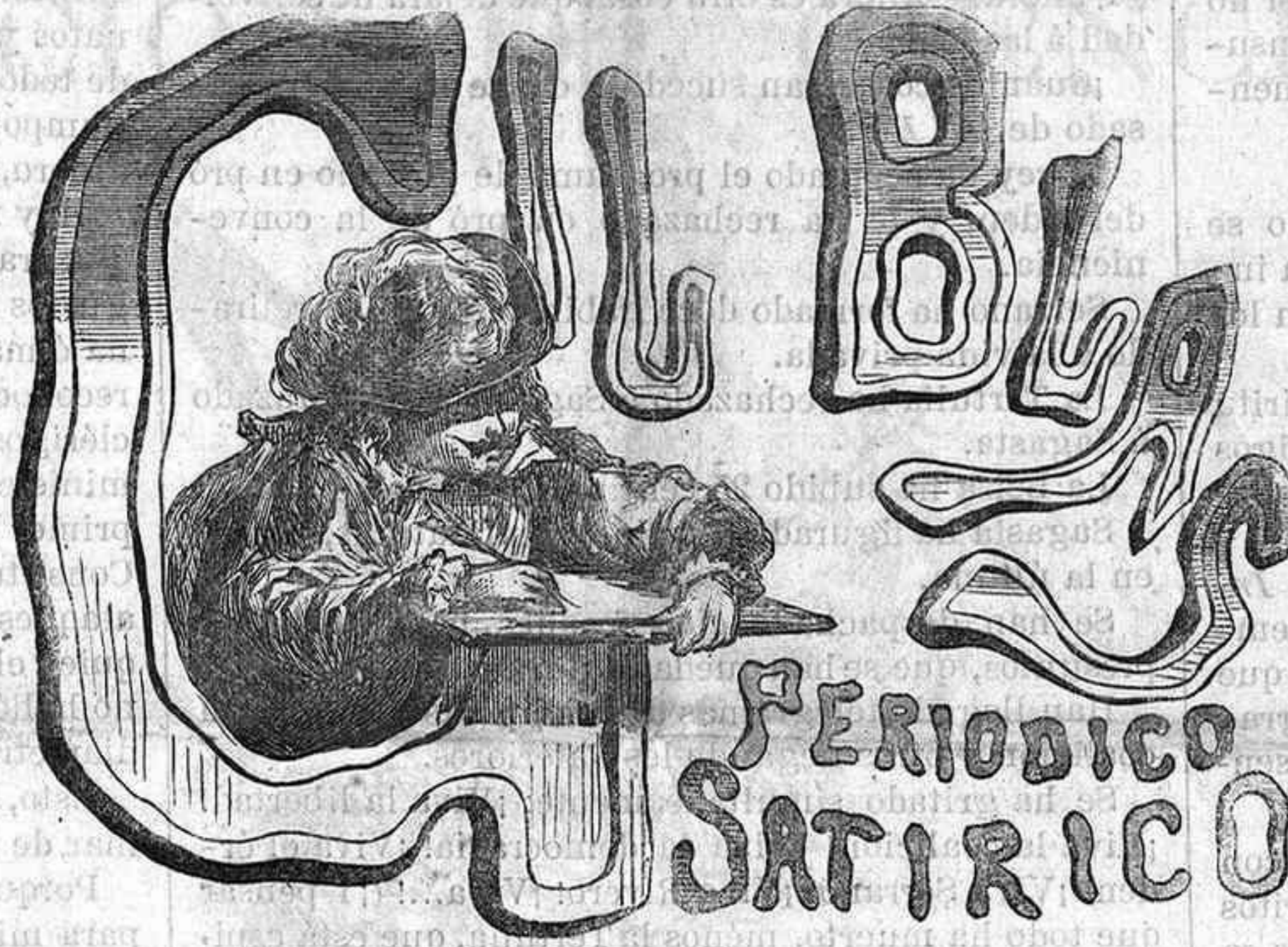
Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año. 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al ADMINISTRADOR DE GIL BLAS.

Director: ROBERTO ROBERT.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Por un año. 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces a la semana, jueves y domingos.

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

ADVERTENCIA.

Los suscritores de provincias cuyo abono venza en fin de Julio y deseen continuar suscritos, se servirán renovar hasta el 31, si no quieren experimentar retraso.

El medio más fácil es por letra, giro mútuo ó sellos de franqueo.

Los vendedores que pagan á fin de mes liquidarán hasta el 31.

Crónica.

¡Por horas, por minutos, por momentos se daban y tomaban las noticias del ministerio abortado!

Los sueltos de los periódicos revelaban la curiosa ansiedad que agitaba los pechos.

A la una: Ya quiere Sagasta.

A las dos: Ya quiere Malcampo.

A las tres: No quiere Montesino.

Ahora va la Tertulia á pronunciar el anatema contra los unos.

Ahora va á felicitar á los otros.

Ahora va á dimitir uno.

Ahora se ha leído el programa.—Acepta el rey.—Hay un candidato que vacila.—Dos dimisiones más.

—Van á palacio otra vez.—Van al Retiro.—Están de Consejo.—Están todavía de Consejo.—Sigue el Consejo.—Respinganse los presbíteros.—Enójanse los demócratas.—Agítanse los federales.—Véncense dificultades.—Ya tenemos ministerio.—Ya no le tenemos.—¡Ya tenemos otro!

El Imparcial ha visto formado el ministerio Ruiz Zorrilla, y exclama: ¡Estos son los míos!

La Iberia lo ve y exclama también: ¡Al fin, he ahí á mis amigos en el poder!

¡El ministerio Ruiz Zorrilla expuesto á la suerte del niño célebre por el juicio de Salomon!

Si llegan á rebanarlo, La Iberia reclamará su conducta y El Imparcial sus propósitos.

¡Pobre Sr. Sagasta!

¡Ah, si yo no me viese obligado á economizar las lágrimas como hombre previsor, hoy derramaría ó si quiera vertería cuidadosamente algunas sobre el ex-ministro progresista, que aceptó el programa del general Serrano.

¡Desgraciado!

En España, cuando hablando de política se dice Ríos y Rosas, suena bien; si se dice Castelar, Ruiz Zorrilla, Cánovas á secas, no se tiene por ofensa: ni á nadie se le ha ocurrido decir nunca el Sr. Cervantes, ni el Sr. César.

Hoy ya nadie dice Sagasta, sino el señor Sagasta,

y vendrá día en que se preguntará: ¿Ese señor, no es uno que hasta fué liberal y ministro?

¡Pobre señor!

Peró comprendan Vds., imaginen Vds., si pueden, al Sr. Sagasta dándose malos ratos para arreglar nuestras relaciones con el papa, interesado por el papa... Yo no puedo imaginarlo.

¡No puedo! Creí que los únicos afectos incomprensibles para mí eran los de Alexis por Coridon; pero el del Sr. Sagasta por el papa...

¡El amor á la Santa Sede invadiendo de improviso el corazón de quien tanto amaba la Sede non sancta que ganara en la revolucion de Setiembre!

¡Misterio... misterio... misterio...!

Quiero ser franco: me alegro de la caída del señor Sagasta. Cinco años largos le habia yo aplaudido viéndole combatir contra la union liberal: me parece que tengo derecho á un modesto júbilo el día que le veo derribado por cómplice de los unionistas.

Ahora el Sr. Sagasta compartirá las amarguras de Pio IX, y para ser digno de su situación, debe ir al rosario, y á las Cuarenta Horas, y figurar entre los donantes para el dinero de San Pedro.

Cincuenta mil políticos pasan estos días largas horas cavilando hasta qué punto deben mostrarse ministeriales. La Iberia ya lo tiene resuelto: apoyará el programa de Ruiz Zorrilla.

Habría apoyado el otro si hubiese triunfado la combinación de que formaba parte el Sr. Sagasta; pero no ha podido ser.

Estaba inclinado el colega á aceptar la reforma de la Constitución propuesta por un ministerio tachonado de montpensieristas; pero hoy está resuelto á no pedir más que Constitución y Dinastía; es decir, ni reforma ni Montpensier.

En cuanto al Sr. Sagasta...

—¿Le sigue á Vd. la Tertulia? le preguntaron.

—Hombre... yo creo que á pesar de la oposición de ciertos hombres, de cierta clase que hay allí...

—¿Pero le sigue á Vd. la mayoría de la Tertulia...?

—La mayoría... lo que es la mayoría, no.

—¿Con qué minoría cuenta Vd.?

—Por ahora... no cuento.

—Pues yo no formo ministerios con cadáveres.

—Y...

¡Ah! me pregunta el lector; ¿cuál será la actitud del partido republicano con el nuevo gabinete? ¿Cuál ha de ser? Repetirle que con monarquía hereditaria, con 600 generales, con 200 millones para el clero, con deber y no pagar y sin observar las leyes se pierden las naciones.

Esto dirá el partido, y esto demostrará el ministerio.

Roberto Robert.

BUENA LA HEMOS HECHO...

«¡Paso, paso! Dejádme penetrar hasta el santuario de las leyes: plaza á un ciudadano imparcial que pretende dirigir palabras desinteresadas y provechosos consejos á sus compatriotas; permitid que me encaramé en ese pedestal para que todos me oigan bien.

Ciudadanos: vedme, miradme bien; ¿sabéis quién soy yo? Presumo que lo ignorais, y como no parecería bien que entonasé mis propias alabanzas, os diré solamente que soy un hombre honrado, buen padre de familia, persona laboriosa y activa y estimable por todos conceptos: amigo del orden y temeroso de Dios, deseo para mi país una libertad prudente y bien entendida: soy, en una palabra, lo que se llama un bello sugeto, y no digo más porque la modestia me lo prohíbe.

Hecha en forma debida mi presentación, y con la autoridad que mis recomendables circunstancias me prestan, vengo á romper lanzas contra el follon, malandrin y mal nacido que se permita poner en duda la bondad sólida y fundamental del programa de gobierno presentado al país—digo, al país no—por el general Serrano.

Fijaos bien en su trascendencia; estudiadlo bien antes de rechazarlo: harto conozco que voces mal intencionadas y palabras aviesas llegarán á vuestros oídos: no cedais, no, á sugerencias extrañas: el programa es bueno; creedme á mí y aceptadle.

Ni podía esperarse otra cosa de su autor: todos le conocen; es la nobleza y la lealtad personificadas. Una maldición pesa, al parecer, sobre todos los que por amigos suyos se tienen; pero esto no impide que él sea noble y caballero hasta dejárselo de sobra, como lo tiene acreditado en su dilatada vida política.

Pero cuando así no fuera, puesto que los antecedentes del digno general nada dijeran á nuestro entendimiento, bastaría conocer el programa para aplaudirle: su mérito solo es su mayor alabanza.

Y aun hay, sí: los hay por desgracia, hombres descastados é ingratos que tienen en poco los esfuerzos laudables del general y hasta se atreven á poner en frente de su programa la Constitución: todo está trastornado, ciertamente; pero ¿cuándo se ha visto que una Constitución hubiera de ser respetada por los programas ministeriales?

Bien sé yo que la mayoría del país no hará caso de semejantes fruslerías, y que aceptará el programa, como lo aceptó D. Amadeo; toma, y tanto como lo aceptó; bastóle su lectura para comprender que era bueno; véase si me refiero á respetables autoridades.

¿Qué hombre de orden no se regocija íntimamente al léer el primero de los tres puntos del programa?

«Estrechar nuestras relaciones con Roma—esto es, con el pontífice, en Roma ó donde se hallare—hasta que se digne remitirnos un nuncio, cuyo porte y entretenimiento paguemos nosotros.»

Este punto del programa, este punto solo constituye una gloria imperecedera para el general: no es él, como otros militarotes, descreído é irreligioso; antes, por el contrario, coloca en primer lugar, antes que los intereses mundanos, los intereses de la Iglesia.

¿Y quién se atreverá á negar que lo que España necesita para mejorar su situación es un nuncio?

Si los suicidios se repiten, si continúan las falsifi-

caciones, si surgen partidas de secuestradores, si no se paga á los maestros, si se restablecen los consumos, si las contratas de tabacos se hacen ilegalmente, ¿en qué consiste?

En que no hay nuncio.

Venga él en primer lugar, y lo demás ello solo se irá arreglando: conocida es por todos la benéfica influencia que las bendiciones papales ejercen en los asuntos mundanos.

Esto no podrá estar muy conforme con el espíritu de la Constitución; pero, desengañémonos, amigos míos, lo primero es lo primero, y riámonos de Constituciones.

Vaya, también dicen que lo de perseguir á *La Internacional* es contrario á la Constitución; sin embargo, decidlo vosotros, hombres que teneis algo que perder, ¿no os halaga esa segunda parte del programa? Claro que os halagará, como á todo hombre sensato.

A mí que no me vengan con Constituciones ni con andróminas: los derechos individuales bien escritos están, corriente; pero que no se concedan al que se permite ser pobre, constituyéndose por ende en causa de temor constante para los pacíficos y desventurados ricos. ¡Guerra á *La Internacional*! Sí, ella es la que falsifica monedas y billetes, ella la que celebra contratos á cencerros tapados, ella la que roba la caja del ferro-carril del Norte.

Pues del tercer punto no digo nada. Y no digo nada por que habla de las provincias de Ultramar. Pero, ya lo he dicho: ¿que vale la Constitución? Nada de reformas. Guerra, esclavitud, opresión y, como dice el vulgo, garrotazo y tente tieso; esa es la mejor política: pues qué, ¿no sabrá más el general Serrano que las Constituyentes? ¡Vaya si sabe! Y si no, ahí está su programa. Aceptadle, ciudadanos, aceptadle, y, yo os lo fio, dentro de poco tiempo seremos dichosos todos los españoles.

—Eh, ¿qué oigo?... ¿Me decís que es ya tarde?... ¿Que no ha podido formarse ministerio con ese programa? Vulgo indocto, ¿por qué no me lo has advertido antes? ¡Buena ganga nos hemos perdido! ¡Nécios! ¿Cuándo tendremos un programa mejor?

Por la traducción de las notas taquigráficas,

A. Sanchez Perez.

MOVIMIENTO.

¡Qué días los días transcurridos! ¡Qué semana la semana pasada! ¡Qué emociones! ¡Qué peripecias! ¡Qué catástrofes!

No se ha vivido, no se ha descansado, no se ha dormido, ni había tiempo para ello; no se ha comido ni había que comer.

Un extranjero que hubiera entrado en Madrid, hubiera preguntado: ¿Es este país de locos? ¿Se hunde la nación? ¿Por qué corre aquel? ¿Por qué llora el otro? ¿Por qué vocifera el de más allá?

¡Qué pasmado se hubiera quedado al oír decir á un cualquiera: «Es que no tenemos ministerio ni ministros; es que aquí, donde todos pueden ser ministros, nadie quiere serlo hoy; es que está muriendo la Hacienda, y no se encuentra médico; es que se ahoga la libertad, y no parece un sangrador, ni un veterinario, ni un barbero para un remedio!»

Hemos sido testigos de la confusión general, del desconcierto, de la turbación de estos días. No hemos perdido un pormenor, ni un detalle, ni una pequeñez; todo lo hemos observado. ¡Qué emociones! ¡Qué cambios! ¡Cuánta transformación!

Todo ha estado confundido, revuelto, y á imitación de esos cuadros de ánimas que ponen á las puertas de las iglesias, Madrid ha sido un infierno, por encima de cuyas llamas asomaban cabezas cubiertas con mitras, con coronas, con chacós, con gorras, con hongos.

El porrista, el capitán general, el sacristán, el periodista, el diputado, el jornalero, el guardia de orden público, el vago, todos se han chocado, tropezado, magullado por esas calles, todos han tenido esta conversación:

—¿Cuál es la última?—Que ya hay ministerio.—
¿Quiénes?—Serrano, Sagasta...—¡Si ya fracasó ese!
—Pues ¿quiénes son los ministros?—Zorrilla, Sagasta...—
—Está Vd. enterado!—Pues ¿quiénes son los últimos?—Manterola, Sagasta...—Eso era á las diez,—

¿Y ahora?—Ahora es otra cosa, que dejará de ser verdad á las once.

¿Cuántas cosas han sucedido desde el número pasado de *Gil Blas*!

El rey ha aceptado el programa de Serrano en pró del orden, y le ha rechazado en pró de la conveniencia.

Serrano ha forniado doce gabinetes y se ha retirado á la vida privada.

La Tertulia ha rechazado á Sagasta y ha abrazado á Sagasta.

La Bolsa ha subido 25 céntimos y ha bajado 30.

Sagasta ha figurado en veinte candidaturas, ménos en la última.

Se han despachado cien fraques para ministros presuntos, que se han quedado al fin como estaban.

Han llegado telegramas de provincias pidiendo la coalición y otros negando los anteriores.

Se ha gritado simultáneamente: ¡Viva la libertad! ¡Viva la coalición! ¡Viva la democracia! ¡Viva el orden! ¡Viva Serrano! ¡Viva Rivero! ¡Viva...! (¡Y pensar que todo ha muerto, ménos la Tertulia, que está espirando!)

Ha estado alegre y ha llorado *La Iberia*; ha rezado y ha cantado *El Debate*; ha bailado y ha dormido *La Constitución*.

Ha estado la tropa sobre las armas, bajo las armas, junto á las armas.

Han hecho dimisión unos directores, luego la han retirado, luego la han vuelto á presentar.

¡Qué confusión! ¡Qué algarabía hemos presenciado!

Asomados á un balcon hemos visto correr al partido conservador; detrás de él al art. 33; detrás de este al himno de Riego; en seguida á la llamada *in illo...* la jóven democracia; detrás los cabestros; detrás los chicos con las trompetas que dicen papá y mamá...

Al fin los hemos visto detenerse y buscar por el suelo los efectos extraviados. Al uno le han quitado el reloj, el otro ha perdido la peluca, muchos el destino.

Hemos preguntado á uno:—Pero, hombre, ¿qué ocurre?—Que se muere la situación; pero ya va mejor, ha contestado.

A última hora sabemos que ha sucedido lo que con aquel enfermo á quien recetaron unturas de bálsamo tranquilo y refrescos de limon, y que, aturdida la familia, le hizo sorber el bálsamo y le aplicó el limon á las pantorrillas... y se murió. Y hoy no aqueja otra cosa á la libertad; le han aplicado á Córdova y á Zorrilla; pero... equivocadamente.

Pronto los veremos emprender las corriditas y los apuros nuevamente.

¡Oh placer! ¡Estamos abonados á primera fila!

M. Matoses.

MISERERE NOBIS,

ó sea exposicion al señor Sant-Yago, patron de España y capitán general de los ejércitos nacionales.

Excmo Sr.: D. Fulano de Tal, español de nacimiento y—con perdon de V. E.—periodista de profesion, á V. E., con el debido respeto, hace presente que, desesperado de hallar justicia entre los señores de la tierra, resuelve acudir á los personajes del cielo; ¿y á quién mejor que al valeroso señor Sant-Yago podría dirigirse? Me permito suponer que si el ruido de las descargas con que hoy celebran los cuerpos de artillería las glorias de V. E. llega hasta el trono de Dios, cerca del cual estareis, Excmo. señor, en compañía de vuestro ilustrísimo señor caballo, bien podrán llegar también, aunque debilitadas en la distancia, las quejas de un alma dolorida. ¡Ay, excelentísimo señor, esto marcha mal, con notorio desprestigio de vuestro patronato!

Yo de mí sé decir que siendo naturalmente dócil y sumiso á las autoridades, en quienes veo la imagen de Dios, me siento hace algunos días asaltado por escrúpulos y lleno de remordimientos.

Ignoro si V. E. seguirá con mucho interés los acontecimientos del país que le llama patron, y que en este concepto es afortunado, bien que en otros muchos sea infeliz sobre todo encarecimiento, y digo que lo ignoro para hablar con exactitud, puesto que presumo que V. E. tiene, tiempo há, separados sus ojos benévolos de nosotros.

Pero por si V. E. no lo sabe, le diré que España atraviesa una época muy calamitosa.

Inundaciones y motines, robos y suicidios, asesinatos y malversaciones, lluvias de cruces y pedreas; de todo eso y de mucho más hemos tenido en poco tiempo; todo lo tenemos, Excmo. señor; todo, ménos dinero, ó cosa que lo valga.

Hay más.

A trancas y á barrancas y despues de muchos disgustos hemos logrado tener una Constitución: buena ó mala, ella es al cabo la ley del país. Así lo han reconocido en España todas las personas y algunos clérigos: pues bien; cuando se ha tratado de formar ministerio, cate V. E. que el primer programa del primer presidente—que es uno de los autores de la Constitución—abrazaba tres puntos y solo contiene tres ataques á la Constitución susodicha. El monarca, á quien el programa se remitió, lo había aceptado, pero no halló ministerio que lo realizase, y se formó otro diametralmente opuesto al anterior.

Esto, como V. E. comprenderá, me sumerge en un mar de confusiones.

Porque es lo que yo digo, para mis adentros, que para mis afueras me guardaria bien de decirlo: si el primer programa era bueno, ¿cómo puede aceptarse el segundo? Y si es bueno el segundo, ¿por qué se aceptó el primero? ¿No es verdad, Excmo. señor?

¿Y qué diré á V. E. de la seguridad personal? Salen uno, ú dos ciudadanos, á dar un rato de expansion al espíritu respirando el aire de los campos, y si llega al Retiro suelen atravesarle el pecho de una puñalada, y si se aventura hasta el canal topa con fantasmas, y si se aleja más lo secuestran.

Pues si permanece en casa no por eso está más seguro. Un mal intencionado lo denuncia como cómplice en el asesinato del general Prim, y esta simple denuncia da con él en la cárcel y... ya tiene para rato.

La propiedad es un mito. Lleva el hombre honrado dinero suficiente para comprar un objeto cualquiera: lo compra, en efecto, ó pretende comprarlo, registra sus bolsillos para pagar, encuentra en ellos un billete de quinientos reales, y sabe con profunda emoción que es falso; acude á sus monedas de cinco duros y resultan falsas; saca piezas de veinte reales y son falsas también, y las monedas de dos pesetas, no se atreve á presentarlas, seguro de que también se han falsificado.

Cree llevar un capital en el bolsillo y solo lleva un papel inservible y varios pedazos de plomo.

Para consolarse de tantos sinsabores pretende averiguar lo que en política ocurre, y sabe que un excelentísimo señor que ayer aceptaba cartera en un ministerio, se halla dispuesto á aceptarla también en otro que presentó programa contrario; esto da al traste con su paciencia; por tanto, á V. E. acudo para suplicarle que, así como en tiempos remotos se apareció para derrotar infieles, baje hoy en su corcel brioso, y nos oirá gritar: «¡Santiago y á ellos!» ó «¡Santiago y cierra España!» que bien ha menester la España de hoy el auxilio eficaz que en tiempos más felices su benévolo patron solía dispensarla.

Deseo además que V. E. tenga felices días.

Madrid y Julio 25 de 1871.

Otro.

¡OJO!

Al retirarse del poder el general Serrano, todos los españoles se hacen las siguientes preguntas:

¿Cuánto tiempo viviremos en paz? ¿Cuánto se hará esperar la primera insurrección?

¡Ah, señores! El general Serrano es nuestra mano derecha; nuestra Providencia, nuestro Dios, y si se subleva lo hará por nuestro bien, como siempre lo ha hecho.

Pero no, no se sublevará.

Por el contrario, un periódico ha dicho hace pocos días: «El duque de la Torre será benévolo aunque venga un ministerio radical;» es decir, que no nos magullará, no nos estrujará; que no nos acometerá, que no nos fusilará, aunque tenemos un ministerio radical.

¡Ah! ¡El duque de la Torre, el ex-regente nos protege!

Respiremos; respirad, contribuyentes.

Muchas veces me hago yo una reflexión, y digo: «¿Qué sería de nosotros si el general Serrano nos faltara? ¿Quién nos haría las revoluciones? ¿Quién nos

SECCION DE CIENCIAS.



Ensayos prácticos de reforma y reaccion.—Laboratorio de Mr. Anguinet y Dominguez.

las desheria? ¿Quién nos regalaría y recogería la libertad?» Y me acuerdo de aquellos pueblos de la antigüedad que perdían sus cosechas, y que se veían destruidos por la lepra, el hambre ó el incendio, y de los cuales se decía: «Están abandonados por Dios, dejados de la mano de Dios.»

España sería el Egipto con sus siete plagas si el general Serrano no nos benevolenciara. ¡Ah! ¡Que Dios y Serrano nos protejan! ó bien: ¡Que nos proteja Serrano, aunque nos abandone Dios!

Tentado estoy á reconocer en el duque de la Torre la supremacía divina. Dios perdona al pecador (así lo dicen por ahí), Serrano hace más; ó le fusila, ó le condecora. Para él todo lo demás son paños calientes. Esa es la influencia.

En el duque de la Torre no hay acto, no hay hecho que no lleve impresa esa aureola bíblica que es el adorno de los pequeños grandes hombres. Observadle en sus actos, en sus maneras, en sus discursos, y vereis cómo trasciende á incienso y mirra.

Emulo de Moisés y de Barba-azul, su voluntad es ley; donde toca con la varita brota el agua; con su cañon nos vende la benevolencia á precios convencionales.

Como le sucedió un día á Moisés le ha sucedido otro al general Serrano; tocó sin fé en la roca y no salió el manantial Montpensier. Moisés tocó hasta tres veces, Serrano ha tocado ya vez y media. Le queda otra vez y media que tocar... y ¿tocará?

Ese es el general Serrano, *tocante á lo divino*; en cuanto á lo humano, no es menor su poderío.

Como ha sido regente, que es todo lo más que puede ser un español (porque los reyes nos vienen de fuera), se cree ya autorizado para todo, y sucede con él lo que con los indios en un pueblo de España, ó lo que con un señor de los tiempos feudales.

Estos tenían autoridad para todo; á veces se permitían hablar con un labrador; á veces concedían su protección á una familia; á veces daban una palmadita en la mejilla de la doncella más hermosa; á veces concedían á esta doncella los honores del lecho.

Y el duque de la Torre, que es como el señor feudal, como el indiano, como el más rico del pueblo, tiene la modestia de cruzar su palabra con los representantes del país, la bondad de concedernos su benevolencia, el desprendimiento de no hacernos una sublevación al día y la amabilidad de repartir nuestras contribuciones entre sus soldados.

Así es que entre él y Washington no hay ni el canto de un duro. Esta es mi opinión.

Calculad ahora cuál habrá sido mi gozo al saber que el duque de la Torre ha abierto su establecimiento de benevolencia.

Me creo en el deber de exclamar: ¡Ojo, compradores!

LAMELA.

DE PUERTAS ADENTRO.

(Ecos de ambas Cámaras.)

Con motivo de haber disminuido la extensión de la tribuna de la prensa, la concurrencia de periodistas ha aumentado.

De la coexistencia simultánea de ambos hechos resulta la necesidad de presenciar las sesiones en el pasillo.

Por bien empleada puede darse, sin embargo, cualquier molestia cuando se asiste á sesiones como la del martes; no en vano se eligió para celebrar el día de Santiago, el santo más batallador de la corte celestial.

Ello sí, todos hablaron de paz; pero ¡cáscaras! oía á guerra.

Antes de principiar el despacho ordinario—como si dijéramos, la batalla formal—hubo un pequeño fuego de guerrilla.

Figueras y Moreno Rodríguez ¡cruces! se ensañaron contra Martín Herrera.

Yo no puedo recordar sin llanto de lástima que al decir este señor vicepresidente: «Si no accedí á lo de la votación nominal, fué porque no oí que la pedían: ¡qué tal escándalo habría en el salón!» le preguntó el implacable Moreno Rodríguez: «Si tan grande era el escándalo, ¿cómo oyó el señor secretario que se aprobaba la suspensión de las sesiones?»

Una distracción del Sr. Martín Herrera le impidió contestar en el acto. Después se pasó á otra cosa: á la miga de la sesión, á la sesión verdadera.

Preséntase el ministerio de notables, digo, me parece que puedo llamarlos notables, toda vez que casi nadie los conoce: el programa en cambio, por una compensación necesaria, es conocido de todos: el de siempre.

Hay un patron cortado para tales casos:

Armonizar el orden y la libertad.

Nivelar los presupuestos.

Respetar la ley y hacerla respetar.

Introducir la moralidad en la administración.

Lo de siempre, vamos, lo de siempre.

El presidente del Consejo nos hizo saber que la administración pública en España es inmoral, y que generalmente sus individuos adolecen de ineptitud: él sabrá por qué lo dice.

Antes de principiar consagró el nuevo presidente un amistoso recuerdo á Sagasta, lamentando amargamente los sinsabores que experimentaría al verse lejos del banco azul; después pidió perdón de haberse detenido para hablar de un hombre cualquiera, y comenzó el programa.

Pero Serrano fué el protagonista del espectáculo; en el raptó de su pasión llegó á llamarse demócrata, si bien poco después el amigo Sagasta dijo que el nombre de *radical* había llegado á molestarle.

¡Oh, qué ministerio el mío! decía Serrano; el digno Topete, el digno Sagasta, el digno Ayala y yo, todos éramos dignos, y sin embargo... porque no lo dudeis, yo soy muy digno, y es digno Sagasta, y es digno Topete, él, el dignísimo Topete, el dignísimo Sagasta, el dignísimo... todos dignísimos y yo el primero... y... en fin, yo sé cuál es mi deber, y ¡vive Dios! cumpliré como bueno.

Sagasta rechaza el perdón, y nos refiere algun cuento particular.

RESÚMEN: Progreso, el de siempre. Cumpliremos la ley mientras sea posible; cuando no, faltaremos á ella.

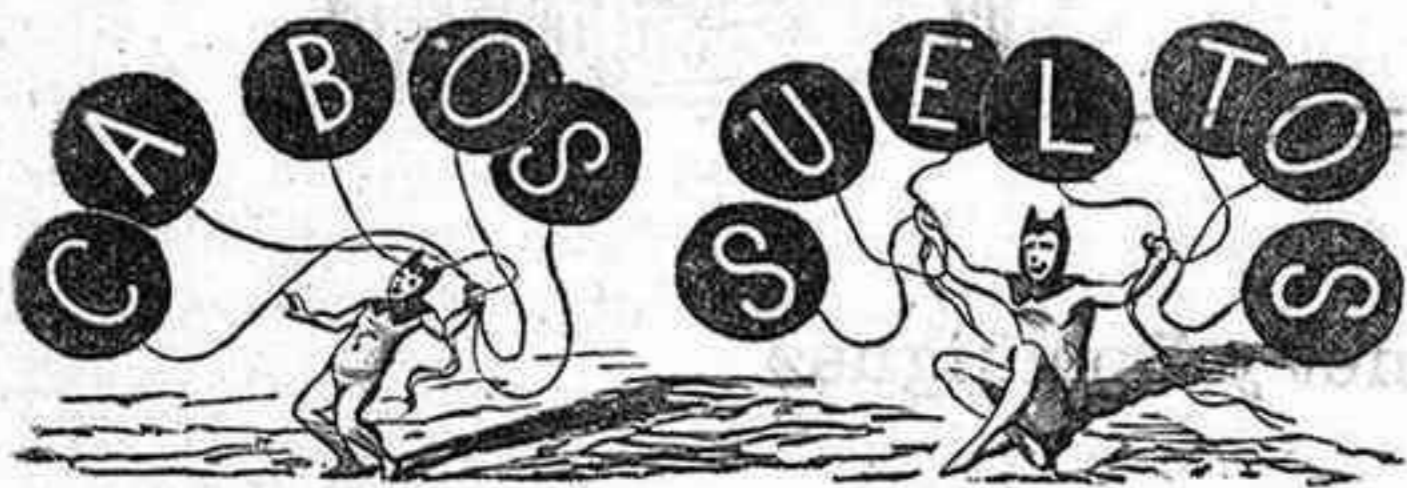
Ante-programa: Los míos eran mejores.

Sagasta.—He tenido en mi poder todas las cartelas para formar un ministerio de conciliación.

(Una voz).—Pero ¿y el programa entregado á don Amadeo?

El país (bostezando).—Bien; ¿y á mí qué?

UNO.



Era martes; eran las cinco de la tarde, y el general Serrano exclamaba en el Congreso:

—¡Yo tengo la conciencia tranquila!

Y una voz replicó:

—¿Todavía?

✱

El ciudadano Manuel Genaro nos remite desde Alicante tres sellos, de á cuatro milésimas de escudo cada uno, para la estatua ecuestre del Sr. Sagasta.

¡Oh morosidad! No podemos aceptar el donativo. Se cayó el penico, se desnucó el ginete.

Se venden los escombros.

✱

Decía el general Serrano el martes en la Cámara, que él no había querido hacer política conservadora. Inexcrutables son los designios de la Providencia pero los del general le dan quince y raya.

✱

Asegura el *Papel Verde*, de Málaga, que un redactor de *El Carnaval* ha sido atropellado por la Porra en aquella localidad, y además que un empleado de aquel gobierno civil ha entrado en una librería profiriendo palabras inconvenientes y ha destrozado una lámina que estaba allí de venta.

¡Gran suerte tiene el Sr. Ruiz Zorrilla! Apenas es ministro, y ya le proporcionan dos buenas ocasiones para demostrar que es verdad su programa.

✱

Y preguntaba el martes en la Cámara el general Serrano:

—¿Qué he hecho yo de la espada de Alcolea?

Si alguno de Vds. lo sabe no se lo diga.

Que se entretenga buscándola.

✱

Dice un periódico que D. Juan Manuel Pereira se va de representante de España á la China.

¡Cuántos países recorre!

¡Parece que era ayer que volvió de su viaje á la democracia!

✱

El gobierno francés ha prohibido en París las reuniones públicas electorales.

Pero deja libre la venta de reliquias y medallas milagrosas.

✱

En siete días ha habido, si mal no recordamos, siete conatos de suicidio femenino.

Y no crean Vds. que sean la miseria, el excesivo calor, el vértigo del contagio, ni el espectáculo de ver triunfantes á los altos delincuentes y premiada la apostasía, las causas de esos crímenes, no: las causas son dos: la abolición de las comunidades religiosas y el programa de *La Internacional*.

✱

Ha llegado á Madrid el patriarca del millon y pico. Ha salido de Madrid el ex-ministro de la contrata de tabacos.

¿Cómo está Vd. de triunfos?

—Van y vienen.

✱

Segun leo en un periódico, D. Alfonso de Borbon y su esposa se encuentran en las aguas de Gleichenberga, donde pasarán ocho días.

¡Borbones en remojo!

Habrán conocido al fin que están duros de pelar.

✱

Esta semana han circulado pesetas falsas, duros falsos y billetes de Banco falsos.

¡Y pensar que el general Serrano no ha podido hacer pasar su programa!

En cambio se ha hecho pasar él mismo por revolucionario durante tres años.

✱

Dice un periódico que con el deshielo han aparecido en las montañas de Reinosa «dos cadáveres que pertenecían á dos hermanos.»

Que se los devuelvan.

✱

El Sr. Solís, ayudante del duque de Montpensier por espacio de muchos años, declara que no es montpensierista.

¡Cielos, ni siquiera su ayudante!

Pues ¿de qué le han servido al duque el talento, la generosidad, la riqueza, la régia estirpe, el régio entronque, el destierro, el manifiesto y toda la balumba de cachivaches con que anda por el mundo?

¡Ni siquiera su ayudante!...

✱

Dos segadores han muerto asfixiados en Villacid. Parece que unos perversos agentes de *La Internacional* los habían embaucado, haciéndoles creer que bajo cuarenta grados de calor se podía segar impunemente.

Y aun se añade que les cobraron dinero por la noticia.

✱

En Arroyomolinos ha estado á punto de ocurrir un milagro.

Una niña que solía andar en dares y tomares con la Virgen del Carmen fué presentada al público ilustrado por aquel párroco á fin de que luciese su don milagroso.

Se hizo un novenario (con bandeja), y el último día subió la niña al púlpito con objeto de entregar desde allí una medalla á la Virgen susodicha.

Al breve rato dijo la niña que ya la Virgen había recibido el regalo.

¡Gran llanto de viejas; grande embobamiento de contribuyentes: la religiosidad rural experimentó una excitación enorme!

De pronto asoma la duda su faz impía; la proterva incredulidad pide que la niña sea registrada; se acepta la proposición y (perdonad, ¡oh pueriles pan-torrillas! si os profanan mis labios) la medalla aparece entre media y carne de la chiquilla.

El rumor cunde, el escándalo penetra en los ánimos, el juez procesa al párroco, y la Virgen, segun nos escriben, deja hacer y calla.

La persona que nos comunica la noticia dice que ese milagro frustrado ha sido causa de descreimiento en el pueblo.

Ya les harán otro más bien urdido y volverán á creer.

Que la mancha de la mora con otra verde se quita.

✱

La prensa de Madrid continúa mostrándose propicia á la idea de que se constituya cuanto antes la Sociedad de auxilios mútuos entre los autores.

El Sr. D. Pedro Domingo Montes ha publicado en *El Cascabel* una chispeante carta dirigida al señor D. Carlos Frontaura, en que aboga por la pronta realización de un pensamiento que califica de fecundo.

El citado periódico se muestra dispuesto á secundar eficazmente la idea.

Todo nos hace esperar que no tardará mucho tiempo sin que se haya constituido la Sociedad de escritores españoles.

✱

Desde Barcelona han teleografiado pidiendo que dure la conciliación, el ayuntamiento, la diputación provincial, la Tertulia, los voluntarios de la libertad...

¿Quiere Vd. oír un recado?

Pues oiga Vd.: el ayuntamiento fué inventado fuera del sufragio universal.

La diputación provincial la hizo el gobernador con deshechos de otras viejas.

En la Tertulia hormiguan los concejales silvestres, los diputados provinciales de secano y los empleados primerizos.

Los voluntarios de la libertad cobran, y su jefe es un coronel hecho de mogollón.

Y para que no se le olvide á Vd., se lo apunto en un papel.

✱

Los espiritistas de Madrid han invitado al Instituto Médico de Valencia á una discusión pública.

El ejemplo del Sr. Moret, ¿á quién no alienta?

✱

El rey Amadeo se ha dignado aceptar los jardines de la plaza de Oriente, que el municipio le ha regalado.

Juro por mi honor que también los habría aceptado yo.

¡Gracias, Dios mío! ¡Me siento al nivel de los reyes!

✱

¿Con que ha sucedido que á una persona le han dicho que si daba algun dinero se le despacharía pronto y favorablemente un negocio pendiente del municipio?

Y esto no ha parecido inverosímil á esa persona y ha aflojado el dinero.

¡Pero, señor, ¿porqué no le ha parecido inverosímil?

✱

Un periódico publica el nombre y apellido del dueño de la casa que durante los grandes calores habitará el capitán general de Cataluña.

Pero... ese propietario tendrá ó habrá tenido una madre dulce, tierna, amorosa... ¡Oh, decidme también su nombre... su nombre, por piedad!

✱

¡Oigan! El gobierno francés va á fortificar las fronteras de Alemania.

Que es como si un ciego se pusiera ojos de cristal.

✱

El doctor Simon ha descubierto que le estaban socavando la casa.

La ronda subterránea debe llevar al doctor Simon á los tribunales, por haberle usurpado atribuciones que solo á ella competen.

¿O es que en España siempre ha de hacer cada cual lo que le dé la gana?

Á TODOS LOS QUE SE BAÑEN,

SE HAYAN BAÑADO Ó TOMEN LAS AGUAS.

ACEITE DE BELLotas CON SAVIA DE COCO.

RECOMENDADO POR MÉDICOS ALÓPATAS, HOMEÓPATAS Y FARMACÉUTICOS.

Se vende á 6, 12 y 18 rs. frasco, calle de las Tres Cruces, 1, principal, y Jardines, 5, Madrid, y en 2.500 droguerías, farmacias y perfumerías de las cinco partes del mundo.

Leed lo que decía *La Política* en Julio último:

«A los bañistas.—Si para toda clase de personas es utilísimo el aceite de bellotas con savia de coco, que ya en otras ocasiones hemos recomendado como inocente cosmético y eficaz medicamento del cabello y de muchas enfermedades de la cabeza, para nadie quizá tiene una aplicación tan directa y recomendable como para los bañistas; sabido es, en efecto, la humedad que constantemente conservan en la cabeza los que hacen uso de los baños; perjudica muchísimo al cabello, y nadie ignora tampoco la acción destructora que en él ejercen los cloruros, potasas, sulfuros, carbonatos y otras sales en que abundan las aguas minerales y marítimas. Ahora bien: el aceite de bellotas con savia de coco, inventado por el Sr. Brea y Moreno, neutraliza todos estos efectos, suavizando el pelo, dándole consistencia, manteniéndole fresco, lustroso, flexible, y viniendo á ser un auxiliar, ó mas bien un correctivo de los inconvenientes que lleva consigo la hidroterapia. Por esta razón, encargamos á todos los bañistas que no olviden en su neceser de viaje un frasco siquiera de aquel precioso líquido.»

NOTA DEL INVENTOR.—Exijase mi nombre, firma y busto en la etiqueta, que hay ruines falsificadores, ó HATO SERVIL, como se llama el inmortal Horacio.

MADRID: 1871.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.